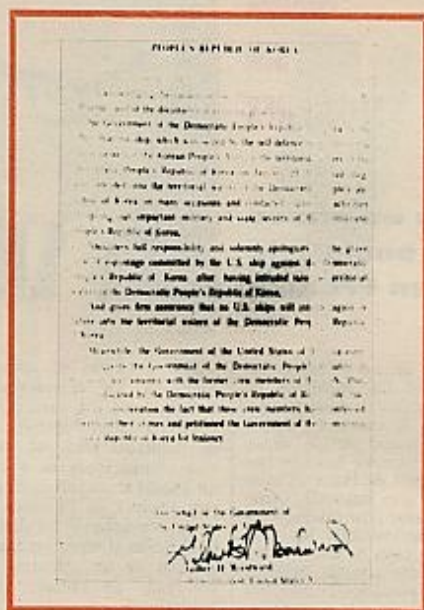


moral del Vietnam ha agriado las relaciones entre estamentos y personas en los Estados Unidos y ha impedido la recuperación social de las clases no privilegiadas en el país. Los jóvenes de todo el mundo han situado a la cabeza de sus protestas la bandera del Vietcong, las palabras y los retratos de Ho Chi Minh, hasta el punto de que ha podido confundirse la profundidad de su movimiento con una simple protesta antiamericana. Esta generalización del problema del Vietnam puede conducir a un espejismo. Durante la IV República Francesa, todo el problema del país se atribuyó a la guerra de Indochina. Cuando la guerra de Indochina terminó surgió la de Argelia, y con ella el accidentado nacimiento de la V República. Argelia polarizaba entonces todo el drama francés y sus contradicciones de guerra civil. Sin embargo, cuando se ha liquidado definitivamente el problema argelino Francia no ha salido de apuros y ha ofrecido la mayor crisis social, política y económica del año. Solamente que ahora no hay pretexto hacia el que desviar la cuestión. Habrá que ver si con la guerra del Vietnam sucede algo similar. Los Estados Unidos no deberían confundir la guerra del Vietnam, que es un síntoma, que es una consecuencia de su política nacional, como una causa. La guerra del Vietnam enmascara una situación mayor. Si desaparece sólo la guerra del Vietnam, como por todos los medios están tratando de hacerla desaparecer, habrá una mejoría momentánea, una sensación de alivio, pero surgirán otros problemas, se endurecerán los muy graves que están ya presentes, y no se habrá resuelto nada. El problema de Oriente Medio, por su parte, es fácil también de confundir con los puros síntomas del conflicto entre Israel y los países árabes. Todo arreglo que no lleve en sí una normalización de las condiciones de existencia en aquella parte del mundo, una repartición de las enormes riquezas administradas hoy por señores feudales y sociedades capitalistas mundiales, una renuncia de Israel no a su existencia, pero sí a su expansión y una asimilación decente y definitiva de los refugiados árabes de Palestina, será inútil. Los problemas de fondo trascenderán sobre los arreglos de compromiso. Desde que terminó la guerra mundial hasta nuestros días, todos los problemas planteados en el mundo han encontrado soluciones de ulceración, provisionales. Renacen continuamente. El nuevo nacionalismo de Alemania Federal y su posición de fuerza creciente en Europa es resultante de falta de realismo en la consideración de un tratado de paz, de una reunión neutralizada de Alemania —como se hizo, con buenos resultados, con Austria—. Los continuos episodios de Corea —del que el más reciente, y el más positivo en el sentido del apaciguamiento, ha sido la devolución a los Estados Unidos de los tripulantes del barco-espía «Pueblo» en las vísperas de Nochebuena— son el mal saldo de una guerra, y la del Vietnam es el fruto del mal final, del final con trampa, de la guerra de Indochina. Se podría enumerar una serie de acontecimientos de hoy, nacionales e internacionales, que tienen su raíz en el mal saldo de una situación problemática, de la falta de buena fe en la conclusión de pactos, de acuerdos, o en la deliberada provisionalidad de éstos.

Que 1969 vaya a ser el año en que semejante lección fructifique en el mundo es algo que sin duda desborda los mejores optimismos. Los acontecimientos previstos en los programas políticos, los que ya aparecen como encauzados, demuestran solamente que las clases dirigentes van a remolque de las circunstancias. Se decía que «gobernar es prever», y sin duda este arte de la previsión se ha perdido. Gobernar, hoy, parece poner remedios tardíos a males antiguos que ya han cambiado de fisonomía cuando se les quiere remediar. El año recién naufragado ha dado muestras suficientes de acontecimientos considerados como espontáneos, aparecidos urgente y rápidamente como imprevistos, que no figuraban en los programas de previsión de los gobiernos. Parece que la dinámica de las sociedades va con una velocidad mucho mayor que las acciones de los políticos. No hay síntomas visibles de que en el año que emerge estas circunstancias hayan cambiado o vayan a cambiar. La fusión de la izquierda en Francia se hace con base en las circunstancias que precedieron a la revolución de mayo, al nacionalismo y el poderío que despierta en Alemania Federal nos regresa vagamente a los tiempos de reacción contra el Tratado de Versalles, los términos de paz que se estudian para el Vietnam hubieran sido útiles tras la conferencia de Ginebra de 1954. El calendario político no está sincronizado con los acontecimientos, y apenas es capaz de prever cuáles pueden ser los acontecimientos que van a surgir. Y, sin embargo, no parece que el fondo de la cuestión se pueda plantear de una manera distinta a como se ha iniciado en 1968: una refutación de la sociedad por parte de las clases más activas.



LOS MARINOS DEL «PUEBLO» Una extraña diplomacia

«Se sabía ya que es mejor no conceder más que un valor relativo a las firmas que los estados, por sus representantes, ponen al pie de ciertos documentos oficiales. Washington, sin embargo, acaba de batir un nuevo récord en este aspecto: unos minutos después de haber reconocido oficialmente, en Pan Mun Jon, que el «Pueblo» se entrega a actos de espionaje en las costas de Corea, y haberse excusado por ello, el Departamento de Estado ha hecho saber que no había que conceder ningún valor a esa confesión». De esa forma comenta «Le Monde», de París, la curiosa ceremonia por la cual han sido liberados los ochenta y cuatro hombres de la tripulación del barco-espía americano, presos desde un año casi —desde el mes de enero—, y puestos en libertad merced a este falso juramento que añade poco a la gloria de una gran potencia situada en un terreno medio, en el cual carece de la arrogancia suficiente como para hacer liberar por la fuerza a sus marinos capturados por un pequeño país, al que no reconoce, y de la humildad necesaria para aceptar su derrota diplomática. De esta forma se ha reproducido, en forma de parodia, la circunstancia histórica en la que Eisenhower tuvo que ser acusado, en París, en vísperas de una conferencia de «grandes» que por este motivo no

se pudo celebrar, por Krutchev, de haber enviado un avión «U-2» a espiar el territorio de la URSS. La declaración hecha por el Presidente Johnson en persona de que «abriría una encuesta» para comprobar si los marinos han sido o no maltratados, pertenece enteramente a este género parodístico. Por otra parte, el navio mismo, el «Pueblo», equipado con material ultramoderno de espionaje a distancia, ha quedado en manos de sus captores. No cabe más que felicitarse de que los militares americanos hayan podido regresar a su casa en Navidad, sin que haya mediado ningún acto de fuerza, y recoger el síntoma aceptable de que negociación y devolución, al tener buen fin, parecen significar una tendencia a la reducción de tensión en esa zona de Asia. Pero la idea de «Vamos a firmar un documento y luego decir que era mentira» ilustra, en este pequeño incidente, la escasez de imaginación moral y la perturbación profunda de la política americana.

En la fotografía superior: el documento firmado por el general Gilbert H. Woodward, en el que se reconoce la actividad de espionaje y piratería del barco «USS Pueblo». Abajo: el capitán en Pan Mun Jon. (Sobre los primeros documentos recogidos a los tripulantes informó TRIUNFO en el mes de abril.)

